

## EL CONSEJO DE LAS ORDENES MILITARES: FUNDACION Y REFORMAS DE CARLOS V

POR

ELENA POSTIGO CASTELLANOS

Universidad Autónoma de Madrid (Depto. Historia Moderna)

### LOS ORÍGENES DEL CONSEJO

Precisar el origen de una institución sin desconectarla de la realidad social y política en la que surge no es una tarea fácil, por lo menos en el caso que nos ocupa. No se trata únicamente de admitir una fijación cronológica, sino, como dice Salustiano de Dios, de exponer el proceso que conduce a la aparición de la institución, con los elementos que la rigen, y de distinguir lo que son antecedentes históricos y la institución caracterizada así conceptualmente<sup>1</sup>. Cuando el Consejo de las Ordenes aparece como un organismo colegiado que aconseja, acuerda y resuelve, en el que se unen funciones consultivas, administrativas y judiciales. Todas ellas desarrolladas de forma permanente. Es decir, cuando el Consejo se convierte en el principal órgano de administración en el sentido más amplio de esta palabra, con la fusión indisoluble de gobierno y justicia, de las tres Ordenes Militares castellanas, Santiago, Calatrava y Alcántara<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> SALUSTIANO DE DIOS, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1982, p. 7.

<sup>2</sup> La Orden de Montesa, cuyo maestrazgo quedó incorporado a la Corona en 1527, no se integró en el Consejo de las Ordenes, pues era una Orden aragonesa. Al frente de la institución se puso un lugarteniente real.

### a) *Aportaciones historiográficas*

No existe ningún trabajo dedicado monográficamente al Consejo de Ordenes; sin embargo, sí son numerosas las referencias a sus orígenes en estudios de diverso carácter. Entre ellos se ha planteado una polémica en torno a los principios de esta institución, que no es original, pues ya existía dentro del propio Consejo y de la que tenemos noticias a través de numerosos memoriales.

Más adelante veremos cómo el Consejo ejercía jurisdicción civil y eclesiástica en el territorio de las Ordenes y también sobre personas de ellas, y los conflictos con la jurisdicción eclesiástica y sobre todo con la real fueron muy numerosos. Esta conflictividad llegó a tal punto que, durante casi toda la historia del Consejo, cada vez que comenzaba un reinado, el Consejo de Castilla, en defensa de la jurisdicción real, consultaba al nuevo rey sobre la legitimidad de los privilegios que disfrutaba el Consejo de Ordenes. Estas consultas del Consejo de Castilla daban lugar a que el Consejo de Ordenes, a petición real, redactara memoriales sobre el origen de su jurisdicción<sup>3</sup>. Todos ellos coinciden en afirmar las dificultades que entraña conocer los principios de esta institución. Uno de ellos, sin fechar, pero pensamos que presentado a Felipe III o Felipe IV, comienza con estas palabras:

«Reconocidos con mucho cuidado todos los documentos y memoriales del Consejo, no se ha hallado hasta ahora en ninguno de ellos noticia separada y precisa de las calidades de su erección»<sup>4</sup>.

De la carencia de datos y del resultado insatisfactorio de la búsqueda de los primeros documentos, resultó que ningún memorial reconoce con certeza el momento de la fundación del Consejo, aventurándose a decir, unos que fue creado en el reinado de los Reyes Católicos, y otros en el reinado de Carlos V, pero en ninguno existe pronunciamiento específico sobre la fecha de creación, que arroje luz sobre la cuestión que tratamos de esclarecer.

<sup>3</sup> R.A.H., Colección Mateo Murillo, Miscelánea Histórica I; R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-32, I-21, I-23; A.H.N., OO.MM., lib. 1335-C.

<sup>4</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-23.

Esta indeterminación del Consejo dio lugar a una polémica entre diversos autores que tampoco concluye la cuestión, pues, como veremos, en el mejor de los casos se dan fechas, y, como ya dijimos, nuestro planteamiento va más allá de la pura cronología.

El primer tratadista en el que se hallan noticias es el Padre Mendo<sup>5</sup>, apologista de las Ordenes y predicador de Felipe IV, que en su libro *De las Ordenes Militares*, anota el principio del Consejo hacia el año 1525, después que los Maestrazgos de las Ordenes fueron incorporados perpetuamente a la Corona de Castilla por bula de Adriano VI. Justifica su opinión en no hallar en las Definiciones y Establecimiento de 1503 y 1524 mención alguna al Consejo, hallándose, por el contrario, en las impresas, tras los capítulos generales de 1555.

Francisco de Ocampo, religioso de la Orden de Santiago y cronista de ella, refiere en su obra *Ordini di Jacobi*, aunque no sin cierta cautela, que la fecha exacta de la erección del Consejo no es conocida con exactitud, pero piensa como Mendo que debió ocurrir hacia 1525. Sin embargo, cinco años después, cuando en 1652 fue secretario del Capítulo General de dicha Orden, celebrado en Madrid, modificó su manifestación afirmando que, aunque en opinión de algunos esta institución fue fundada en el reinado de Carlos V, comienza a pensar basándose en opiniones de otros, que sería más lógico que la erección hubiera tenido lugar en el reinado de los Reyes Católicos. En 1664, cuando este autor era obispo de la Orden de Santiago, en un memorial acerca de la jurisdicción del Convento de Uclés, dice que posee noticias certeras de que fue fundado por el Rey Católico, aunque no motiva sus afirmaciones en nada concreto<sup>6</sup>.

Caro de Torres, en su *Historia de las Ordenes Militares*, sostiene también la creación de esta institución bajo los Reyes Católicos y fundamenta sus postulados en que en la Reforma de Conventos del Rey Católico se halla expresa mención de él<sup>7</sup>.

López Arguleta<sup>8</sup>, canónigo de Uclés, es contrario a los fundamentos en los que Mendo y Torres argumentan sus opiniones

---

<sup>5</sup> ANDRÉS MENDO, *De las Ordenes Militares*, Madrid 1664.

<sup>6</sup> F. OCAMPO, *Ordini di Jacobi*, Madrid 1647.

<sup>7</sup> CARO DE TORRES, *Historia de las Ordenes Militares*, Madrid 1647.

<sup>8</sup> A.H.N., OO.MM., 1286-C.

y procede a revisar las fuentes en que éstos se apoyan. Considera que los capítulos que cita Torres no aparecen en el manuscrito original de la Reformación de los Reyes Católicos hecha en Medina del Campo en 1504, sino que son adicciones posteriores que se hicieron en 1576. Al no haber utilizado el manuscrito original, le fue fácil equivocarse y citar como capítulos de los Reyes Católicos los que eran de Carlos V. En cuanto a las afirmaciones que hace Mendo, considera que el Consejo es una institución en la cual sólo tiene que ver el Maestre, por ser un organismo creado para ejercer sus atribuciones y por tanto no es de extrañar que los Capítulos Generales no hicieran alusión alguna a él. Arguleta piensa que el Consejo fue creado en 1477 cuando los Reyes Católicos recibieron de Inocencio VIII la bula que les permitía incorporar temporalmente los maestrazgos a la Corona según fueran vacando sus sedes. En este caso no motiva sus afirmaciones en nada concreto, por lo que las consideramos solamente de un valor relativo.

La *Historia de España* escrita por el Padre Mariana sin atreverse a precisar una fecha exacta de fundación, aventura que el Consejo existía antes de 1523 y aun antes de la muerte del rey Fernando en 1516, pues en 1506, estando el rey para partir a Nápoles, encargó al duque de Alba que mirase por el bien de algunas personas y entre éstas por Hernando de la Vega, presidente del Consejo de Ordenes. De este Hernando de la Vega, y como tal presidente hace mención Fray Prudencio de Sandoval en la *Historia* que escribió sobre Carlos V.

En la *Historia del Gran Capitán*, escrita por Hernando Pulgar, se dice que volviendo de Nápoles el rey en 1507 con el Gran Capitán, fueron recibidos en Burgos con grandes agasajos, saliendo en primer lugar el Consejo de Ordenes, que precedía incluso al de Inquisición, que según estudios recientes fue fundado en 1488.

González Danvila observa en su *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid*, que «en tiempos de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, por los años de 1488, tuvo principio el Consejo de las Ordenes»<sup>9</sup>.

Por otra parte, Méndez Silva, en su *Catálogo Real y Genea-*

---

<sup>9</sup> GONZÁLEZ DANVILA, *Teatro de las Grandezas de la villa de Madrid*, Madrid 1623.

*lógico de España*, y Riol <sup>10</sup>, en el *Informe* que presenta a Felipe V en 1726 sobre la creación, erección e institución de los Consejos y tribunales, afirman, al referirse al problema que nos ocupa, que el Consejo tuvo principio en 1489.

«El Real Consejo de las Ordenes tuvo principio en el año de 1489, erigiéndole los señores Reyes Católicos con el motivo de haber obtenido la Administración perpetua de los Maestrazgos de las tres Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara para el despacho de los negocios, dependencias y causas de justicia, gobierno, provisión de encomiendas, prioratos, curatos, beneficios eclesiásticos, empleos políticos y otros oficios públicos de las mismas Ordenes y su territorio, recepción de caballeros, conocimientos de sus causas civiles y criminales y otras cosas que corren por este Consejo» <sup>11</sup>.

A pesar de que Riol se dedicó monográficamente a averiguar el origen y antigüedad de los órganos de gobierno, no apoya sus afirmaciones en documentos, ni siquiera las motiva, por lo que, a mi juicio, son presunciones con un valor relativo que será necesario probar.

Finalmente Llamazares, Guillamas y algún otro, todos ellos ya en tiempos más recientes, a principios del siglo XIX y apoyándose en los trabajos de Arguleta, fijan su creación también en 1477, cuando se concedió a los Reyes Católicos la Administración de las Ordenes <sup>12</sup>.

La disparidad de criterios mostrada en las exposiciones antecedentes nos obliga a ordenar y criticar el análisis de las tesis emitidas. A efectos analíticos, se resume el conjunto de sus afirmaciones en los siguientes puntos:

1. En primer lugar, Andrés Mendo y Francisco Ocampo, este último en sus trabajos anteriores a 1652, dan por sentado que el Consejo se fundó en 1525, motivando sus consideraciones en la necesidad organizativa que surgió tras la bula de Adriano VI, que unió perpetuamente los Maestrazgos a la Corona de Castilla. Esta identificación de la incorporación perpetua de los maestr-

<sup>10</sup> RIOL, Informe que hizo a S.M., en 16 de junio de 1726, sobre la creación, erección e institución de los Consejos y tribunales: *Semanario erudito* de Antonio Valladares Sotomayor.

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> FERNÁNDEZ LLAMAZARES, *Historia Compendiada de las Ordenes Militares de Santiago Calatrava, Alcántara y Montesa*, Madrid 1688. M. GUILLAMAS GALIANO, *De las Ordenes Militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa*, Madrid 1851.

gos con la creación del Consejo nos parece desacertada. Es evidente que existen diferencias entre la unión personal y, por tanto, temporal y la incorporación perpetua, pero estas diferencias no generan necesidades organizativas distintas, si acaso darían lugar a variaciones en la naturaleza de esta institución, como veremos más adelante. Se podría suponer que la erección del Consejo quedó supeditada a que la Santa Sede concediera la administración perpetua. Si esto fuera así, evidentemente no podría hablarse de un Consejo de las Ordenes Militares hasta 1523, pero entonces carecería de sentido una bula de León X, dada en Roma en junio de 1514 de la que hace mención Arguleta<sup>13</sup>, en la cual se dice que el Consejo de Ordenes despachó una sentencia en una causa civil eclesiástica. Esta bula y una Cédula Real, dada en Alfaro el 10 de noviembre de 1945, de la que en otro lugar hablaremos, nos llevan a pensar que las suposiciones de Mendo, Ocampo y todos los que pensaban que el Consejo se fundó en el reinado de Carlos I carecen de fundamento.

2. En segundo lugar, examinaremos la validez de las afirmaciones de los escritos que son unánimes en precisar la creación del Consejo en el reinado de los Reyes Católicos. Los escritos de Francisco Ocampo, posteriores a 1652, Caro de Torres, Padre Mariana y otros, no tienen pronunciamiento específico sobre la fecha de erección y, lo que para nosotros es más importante, no aparece en ellos una caracterización institucional, por lo que no añaden nueva luz al asunto que tratamos de esclarecer. González Danvila y Méndez Silva, aunque sí precisan una fecha, adolecen de un error de planteamiento, pues se limitan a fijar la fundación en distintos momentos, prescindiendo de la realidad social y política que lo motivaron. Riol, aunque sí presenta cierta caracterización institucional, equivoca la fecha de creación del Consejo con la incorporación de la primera de las Ordenes, la de Calatrava.

Finalmente Arguleta, Llamazares y todos los que siguen sus planteamientos cuando concretan la fecha de 1477, como más adelante veremos, confunden la institución del Consejo con la función de aconsejar al rey<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> A.H.N., OO.MM., lib. 1286-C.

<sup>14</sup> SALUSTIANO DE DIOS, *El Consejo de...* En la nota 2 del capítulo primero hace las siguientes consideraciones: La palabra Consejo tienen las siguientes acepciones: Por Consejo puede entenderse el parecer que se

De la disparidad de criterios y de la existencia de unos planteamientos que no son los nuestros, pues no van más allá de la pura cronología, se deduce la exigencia de una revisión de las diversas posturas.

b) *Los precedentes del Consejo de las Ordenes*

Podemos buscar los orígenes del Consejo de las Ordenes, o por lo menos sus precedentes más remotos en la derivación de las instituciones bajomedievales que las Ordenes tenían para su gobierno antes de la incorporación de los maestrazgos. Por lo menos puede observarse cierta continuidad institucional a lo largo de los siglos XII al XV en que el Consejo fue fundado. Una continuidad reconocida por la Santa Sede, el propio Consejo y por las mismas Ordenes.

El 1 de junio de 1514, el Papa León X dio en Roma una bula que se conserva en el bulario de la Orden de Santiago<sup>15</sup>, en la cual se dice que el Consejo de Ordenes había dado sentencia en una causa civil eclesiástica, perteneciéndole este conocimiento no por delegación papal, sino por costumbre muy antigua. No es creíble que Roma, para interpretar esta bula, motivara costumbre muy antigua de conocer el Consejo en semejantes asuntos si la fundación de éste hubiera sido, como realmente fue, relativamente próxima a 1514. La sentencia a que hace alusión la bula de León X, fue efectivamente dada por el Consejo de las Ordenes fundado sólo pocos años antes, por lo que no puede referirse a él cuando habla de «costumbre muy antigua», sino a las instituciones medievales, reconociendo con ello una representación y una sucesión entre ambas instituciones.

También el Consejo reconoce esta continuidad, pues en una consulta al rey sobre el origen de este tribunal, al referirse a la jurisdicción eclesiástica, dice que la erección del Consejo en

---

da acerca de la realización de un acto, o el acuerdo que se ha tomado sobre ello. Asimismo, puede comprenderse el órgano que acuerda los pareceres del Consejo. Y la propia reunión de los consejeros, o el local donde se celebran las reuniones. Pensamos que Llamazares, apoyado en Arguleta, ha tomado la primera de las acepciones: El parecer que se da acerca de la realización de un acto.

<sup>15</sup> A.H.N., OO.MM., Bulario de la Orden de Santiago.

cuanto a lo espiritual, es tan antigua como las mismas Ordenes, ya que en el maestre, y por tanto en su Consejo, residía la jurisdicción espiritual por concesión apostólica <sup>16</sup>.

A las mismas conclusiones llega Arguleta en su manuscrito en otros lugares ya citado, cuando sostiene que el Consejo, tras una sucesión que generó modificaciones, algunas de ellas sustanciales, puede ser considerado como la misma institución que establecieron y tuvieron los maestros para ejercer el gobierno y la justicia en el territorio de las Ordenes bajo su control.

Las noticias que nosotros tenemos acerca de aquellas instituciones, aunque son pocas, sí nos permiten conocer que tenían un carácter permanente, un funcionamiento en mayor o menor medida reglado y competencias específicas, por lo que no se diferencian demasiado de lo que posteriormente sería el Consejo de las Ordenes, salvando las diferencias que en el transcurso de los años se fueron estableciendo como consecuencia sobre todo de la unión. Basados en estas consideraciones y en otras que vamos a ver a continuación, aceptamos la continuidad histórica y nos atrevemos a decir que el Consejo de las Ordenes no fue una institución nueva, nacida de las necesidades generadas por la incorporación de los maestrazgos, sino que la Corona se vio obligada a aceptar la estructura organizativa que las Ordenes poseían antes de la unión y que el Consejo creado por los Reyes Católicos fue una continuación del Consejo de los maestros, si no tanto en su naturaleza y composición, sí en sus competencias. Podemos decir, en lo que a las Ordenes se refiere, que en la Edad Moderna existió una continuidad del modo de gobierno medieval, quizás no tanto voluntaria como obligada, como veremos en otro lugar, por las Ordenes mismas. Ante este orden establecido de antemano, el monarca lo único que hace, por lo menos en un principio, es aceptar y colocar piezas personales que en cierta medida le aseguren su control.

Pocas son las noticias que tenemos acerca de la estructura organizativa de las Ordenes en la época medieval. No conocemos ningún trabajo monográfico ni siquiera detenido en esta cuestión, y dado que la presente investigación se refiere a la época Moderna, no pretendemos en ningún caso cubrir esta laguna,

---

<sup>16</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-23.



sino únicamente sacar a la luz las noticias recogidas en manuscritos de los siglos XVII y XVIII<sup>17</sup>, que nos permitan conocer la identidad que existía entre los Consejos bajomedievales de los maestros y la institución a la cual dedicamos nuestro trabajo. Una identidad que dependía sobre todo de los asuntos que en ella se habían de resolver.

La constitución de las Ordenes establecía que la suprema potestad residía en el maestro, pero limitada en su ejercicio por el concurso de otras potestades. Según las leyes, los maestros estaban obligados a contar con el consejo de dos instituciones, el Capítulo General y el Capítulo Particular, de tal modo que su consentimiento era imprescindible para los asuntos «graves» de gobierno, justicia y legislación. De todo este aparato interesa resaltar aquí la duplicidad de órganos decisorios. Por una parte, la asamblea general que se reunía una vez al año, pues por sus proporciones y composición difícilmente podía convocarse, y por otra, la asamblea particular, que funcionaba entre las generales. Esta organización muestra una forma de poder feudo-vasallática en la medida en que existe una participación de las distintas potestades en la toma de decisiones, por otro lado típica en la organización eclesiástica:

«De la misma manera que en el cuerpo natural no puede obrar la cabeza por sí sin asistencia de los demás miembros con quien constituye cuerpo específico; así, en este cuerpo político de la religión, dice el Papa Alejandro III escribiendo al patriarca de Jerusalén, que es indecencia querer obrar por sí el superior sin consejo y voto de sus asistentes»<sup>18</sup>.

Los negocios «graves y de interés común» pertenecían al Capítulo General, y los negocios «graves de interés privado» al Capítulo Particular. Existían también diferencias en el número de los reunidos. Las asambleas extraordinarias congregaban a toda la Orden y las ordinarias estaban formadas por las Dignidades Mayores de ellas. Ambas eran convocadas por el maestro, con la diferencia de que la primera requería una convocatoria solemne. Las decisiones se tomaban por votación, en las cuestiones

<sup>17</sup> Los manuscritos a que nos referimos pertenecen a López Arguleta y a Jovellanos, este último escrito con motivo de las modificaciones que pretendían hacerse en el Consejo. A.H.N., OO.MM., libs. 1335-X y 1286-C.

<sup>18</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-23.

de justicia se resolvía lo que votaba la mayor parte y en las cuestiones de gracia lo que resolvieran dos partes de total. El maestre contaba con un voto. Lo que se decidía por la mayor parte de los votos no podía revocarse sino por dos partes. El Capítulo Particular no podía revocar las disposiciones del general y únicamente podía añadirles lo que parecía conveniente para su mejor práctica, sin que lo añadido tuviera algo de revocación.

Respecto al papel que estos Capítulos desempeñaron en la organización de las Ordenes, puede decirse que de hecho y por las funciones que ejercían, se convirtieron en instituciones muy poderosas que limitaron la autoridad de los maestros con su intervención en la administración de las Ordenes.

Las atribuciones del Maestre estaban en cierta medida sin determinar. A él correspondía decidir todo lo que no era específico de los otros organismos, además de ejecutar lo que estas instituciones habían definido. Así, a pesar de las limitaciones legales, las funciones del maestre abarcaban toda la vida de las Ordenes, unas cosas las ejercía previa consulta y otras por sí solo. Desde antiguo aparecen dando fueros a las villas, haciendo leyes para los vasallos, concediendo exenciones y privilegios, limitando y extendiendo jurisdicciones, imponiendo tributos, eximiendo de ellos, concediendo mercados francos, creando oficios, jueces y tribunales, ejerciendo justicia, etc.<sup>19</sup>.

No pudiendo los maestros desempeñar por sí solos su autoridad en territorios tan vastos y sobre materias tan diversas, tenían sus funciones delegadas. El maestre era el titular, pero el ejercicio específico de las funciones lo realizaban a través de

---

<sup>19</sup> El infante don Enrique de Aragón, maestre de Santiago, mandó a los comendadores de Segura que no tomen posada de los vecinos de aquella villa, ni ellos ni le den ropa, ni paja, ni aves, ni otras cosas. Pedro Muñoz, maestre de Calatrava, dio un privilegio en 1406 al lugar de Miguel Turra para alargar sus términos. En 1460, el maestre Juan Pacheco anula un mandamiento por el que el alguacil de la villa de Sidesla encomienda de Segura, pudiera prender cualquier persona en su término. En 1421, el infante don Enrique mandó que los vasallos de la Orden, en el arzobispado de Toledo y obispado de Cuenca, paguen al Comendador mayor de Castilla los portazgos de la Santa Cruz, Villarejo y Terrinches. Alonso Méndez de Guzmán, maestre de Santiago, hizo lugar independiente a la Puebla de Almuradiel, etc. R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-31; A.H.N., OO.MM., libs. 1335-C, 1286-C

su Consejo, cuya actuación se desarrollaba continuamente en su corte. El de la Orden de Santiago residía en León o Toledo, el de la de Calatrava en Almagro y el de la de Alcántara en Valencia de Alcántara.

No es fácil señalar con exactitud el momento de aparición de estas instituciones, pues apenas se conservan sus actuaciones. Dice Arguleta<sup>20</sup> que, desde la confirmación apostólica de las Ordenes, existía un tribunal por cada una que gobernaba las materias de justicia pertenecientes al maestro. Este tribunal de la casa del maestro recibió por primera vez el nombre de Consejo en el Capítulo General celebrado en 1440<sup>21</sup>.

Habiendo nacido estos Consejos con la misión de asistir al maestro, sus competencias se extendían a los asuntos que abarcaba su poder, excepto los que éste se reservaba, que creemos eran los negocios de gracia y los de patronato. De todos los asuntos que ejercían estos Consejos, el de mayor relevancia era el ejercicio de la jurisdicción.

— Conocían las apelaciones de las sentencias dadas en primera instancia de las causas civiles y criminales de las villas y lugares de las Ordenes. Excepcionalmente este privilegio lo compartían con los comendadores, pues algunos tenían derecho a conocer las alzadas de su territorio. Funcionaban también, a veces, como tribunal de primera instancia en las causas graves donde se podía merecer pena de muerte o de destierro.

— Conocían también las apelaciones de las sentencias eclesiásticas dadas en primera instancia por los priores y vicarios del territorio bajo su control.

— Hasta 1440 conocían de las causas civiles y criminales de las personas de Orden y, desde esta misma fecha, sus letrados asistían a dos caballeros de hábito en los juicios<sup>22</sup>.

«Y cuando viniesen ante nos las tales causas por apelación u otra cualquier manera que dos caballeros cuales nos disputásemos de la nuestra orden libren las causas por nuestros establecimientos y leyes de nuestra orden a donde alcanzaren, y donde no, que tomen consigo un letrado de los de nuestro consejo para que vean el derecho y, sabido, procedan los dichos caballeros»<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> A.H.N., OO.MM., lib. 1286-C.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *Ibid.*

De esta forma se acababan los juicios dentro de las Ordenes hasta que en las cortes de Guadalajara de 1390 se declaró tocar exclusivamente a la soberanía real las últimas apelaciones de cualquier tribunal o jurisdicción, aunque fuere de particular señorío.

De los miembros que componían este tribunal poco sabemos. Tenemos noticias de que a su frente estaba el justicia mayor de la casa del maestro, caballero de hábito y persona de confianza del maestro. Había también un número de miembros fijos, no sabemos cuantos, conocidos por diversos nombres: letrados, oidores, justicias, etc., personas de Orden o no. Pensamos que generalmente no lo eran, pues el establecimiento dado por el Capítulo General de Santiago en 1440, al que anteriormente aludíamos, establece que las causas de personas de hábito no podían conocerse por seglares y para tal fin se nombra a dos caballeros que, asistidos por letrados del Consejo, las conocían. Pensamos que si los miembros del Consejo hubieran sido personas de hábito, no hubiera sido necesario buscar otras.

Las anteriores referencias permiten descubrir un Consejo privado del maestro, aunque con cierta identidad propia, que surge como un órgano eminentemente técnico-burocrático de despacho de negocios, con unas funciones que no le son propias sino delegadas, cuya necesidad viene motivada por la cantidad de negocios que el maestro tenía que atender y que requerían un despacho adecuado. Contaba con una organización y unas competencias fijas de gobierno y justicia que no eran propias del Consejo, sino del ejercicio práctico de la potestad jurisdiccional y gubernativa del maestro.

«Si nos quisiéramos ver y determinar tales causas por nos que el dicho privilegio sea guardado y no se pierda por no uso»<sup>24</sup>.

Pensamos que quizás su funcionamiento era un tanto impreciso a falta de unas ordenanzas que lo regulasen. En él concurrían miembros permanentes de formación técnica de legistas, «letrados», «alcaldes», «oidores», etc., y pensamos que quizás también de canonistas, aunque de ello no tenemos certeza, pues entendían también asuntos eclesiásticos.

Todos estos elementos nos hacen pensar que nos encontramos

---

<sup>24</sup> *Ibid.*

ante una institución cuya característica fundamental fue la de ser un órgano privativo del maestre en el cual la función dio lugar a un órgano que en cierta medida llegó a ser independiente y por lo menos en el ejercicio de la justicia tenía iniciativa propia y que nosotros consideramos como el precedente histórico del Real Consejo de las Ordenes.

c) *La incorporación temporal de los maestrazgos en la persona de Fernando el Católico*

El reinado de los Reyes Católicos marcó un punto de inflexión en la historia política de las Ordenes Militares. Entre 1488 y 1498 lograron reunir, en virtud de concesiones pontificias, los tres maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara en administración y por todo el tiempo de sus vidas.

Creadas para ayudar a los monarcas en la Reconquista, fueron situadas en las fronteras de aquellos dominios ocupados por los moros. Santiago en Cáceres, Calatrava en la villa de este nombre y Alcántara en San Julián de Pereiro. Por sus brillantes actuaciones de defensa y también de conquista, recibieron donaciones territoriales, privilegios y exenciones.

«Cuando aquellos generosos monarcas abrían las manos para agradecer a los compañeros de sus conquistas, parecía que no hallaban término a su generosidad, sus donaciones no sólo eran grandes por la extensión de los terrenos que comprendían, sino también por las gracias de que se acompañaban. Concedían el dominio solariego de la tierra, el señorío de los vasallos, la jurisdicción, las alzadas, las penas de cámara y, en fin, cuanto podían dar y conceder. Parece que cansados alguna vez de hallar en la esencia de su soberanía un estorbo a su liberalidad, se esforzaban por romperla, dividiendo su dignidad suprema, y cediendo aquellas mismas regalías que por su naturaleza se han juzgado siempre inabdicables e inseparables de ella»<sup>25</sup>.

Estas Ordenes fueron acrecentando su importancia social y política a través de la Edad Media, y tanto si se considera su organización política como su forma de gobierno, se puede decir que formaban una especie de «estados», aunque siempre subordi-

---

<sup>25</sup> Memorial de Jovellanos, A.H.N., OO.MM., lib. 1335-C.

nados en última instancia a la soberanía real que junto a la Santa Sede los había aprobado. Sus mestres tuvieron en sus manos, en numerosas ocasiones, las directrices de la política del reino y la historia nos ofrece muchos ejemplos de la influencia que tuvieron desde el siglo XII, tanto en los negocios públicos como en los acontecimientos políticos. Por eso la dignidad maestraal era apetecida por los primeros hombres del reino e incluso por los hijos de los reyes.

El transcurso de los tiempos había incrementado el poder político y económico de las Ordenes, pero también había modificado su antigua dignidad y disciplina, e incluso sus antiguas constituciones y al amparo de su situación de privilegio e inmunidad cometieron numerosos abusos. La dignidad maestraal había derivado en un cargo político y los maestros se mezclaban en revueltas continuas con otros nobles, utilizando para sus propios fines los enormes recursos de las Ordenes. Tanta autoridad y poder no podía dejar de hacer muy apetecible la dignidad maestraal y las luchas para obtener un maestrazgo eran cada vez más frecuentes y perturbaban la paz del reino, sobre todo cuando en el reinado de los Reyes Católicos se mezclaron con la cuestión sucesoria.

Alonso de Monroy, Clavero de la Orden de Alcántara, solicitaba el maestrazgo, pero al no ser complacido por los reyes<sup>26</sup>, se levantó en rebeldía contra ellos. Rebeldía que duró hasta que se firmó la paz con Portugal<sup>27</sup>. El maestre de Calatrava, Rodrigo Tellez Girón, fue al principio de la guerra partidario de la «Beltraneja», originando disturbios en Extremadura. La elección del Maestre de Santiago dio también lugar a conflictos entre 1474 y 1476. Pretendían la dignidad maestraal Rodrigo Manrique, conde de Paredes y comendador de Segura de la Sierra; Alonso de Cárdenas; Diego López Pacheco, hijo del marqués de Villena; el conde Osorno, Comendador Mayor de Castilla, y el conde de Feria. Los aspirantes lucharon entre sí, librándose combates en Andalucía y Extremadura, a los que también se unió el duque de Medina Sidonia, que si bien no pretendía el maestrazgo, sí

<sup>26</sup> No era el rey quien elegía al maestre sino el Capítulo General, pero frecuentemente seguía las indicaciones del soberano.

<sup>27</sup> FRANCISCO RADES Y ANDRADA, *Crónica de las tres órdenes y caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara*, Toledo 1572. En esta obra aparece una descripción muy precisa de la elección de maestros.

que aspiraba a apoderarse de una parte del territorio de la Orden<sup>28</sup>.

Todos estos conflictos se producían cuando el reino de Castilla se hallaba dividido y empeñado en las luchas con Portugal. Así, las discordias que entre la nobleza excitaban las vacantes de los maestrazgos, al mezclarse con la cuestión sucesoria, se convirtieron en una amenaza grave para la paz y estabilidad del reino, además de perjudicar sensiblemente a las Ordenes, porque en ellas se consumían sus recursos tanto en rentas como en vasallos.

Todas estas razones movieron a los reyes a refundir una autoridad que había salido de sus manos y que era peligrosa en otras.

«Cuando se organizaba el servicio militar bajo un estado totalmente nuevo, ¿hubiera sido político que los maestros, que tan distinguidos puestos ocupaban entre los generales, conservaran sus ejércitos? ¿Cuándo se obtenía la provisión de los obispados y arzobispados? ¿Hubiera sido conveniente que quedaran exceptuadas unas prelacías que ocupaban un lugar tan preferente? Al abatir el poder de los nobles y privarles de sus prerrogativas, ¿sería justo conservar las de los principales magnates?»<sup>29</sup>.

Indudablemente hubiera sido imposible organizar el poder, restituir el orden sin ligar las Ordenes al poder real. En la conducta del rey Fernando ante este problema, puede verse hasta qué punto «ese pensamiento de tipo moderno en sus fines se sirve para alcanzarlos de las posibilidades que el derecho medieval del reino podía proporcionarle»<sup>30</sup>. Así, al no suprimir las Ordenes, sino concentrarlas en la persona del rey temporalmente, utiliza métodos que sirven para reducir los focos de resistencia pero dejando subsistir las formas.

«Así no habrá tantas disensiones e motines como hemos experimentado cada día con las condiciones e nuevos gobiernos de los

---

<sup>28</sup> AUREA JAVIERRE MUR, *Fernando y las Ordenes Militares*, V Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Institución Fernando el Católico 1952.

<sup>29</sup> FERNÁNDEZ LLAMAZARES, *Historia Compendiada...*, p. 240. Citado por IGNACIO RUIZ, *Los Campos de Montiel. Un partido de la Orden de Santiago siglo XVII*, Memoria de licenciatura sin publicar, Universidad Autónoma de Madrid 1985.

<sup>30</sup> J. A. MARAVALL, *El pensamiento político de Fernando el Católico*: V Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Instituto Fernando el Católico, 1952.

maestres que cada uno quiere seguir su rumbo e parecer, e no todos... son afectos e amigos de la paz e corona nuestra»<sup>31</sup>.

En esta idea de ligar a las Ordenes al poder real para que fuesen gobernadas por la misma cabeza del reino, contaban los reyes con dos elementos a su favor.

1. La administración temporal de los maestrazgos no era una solución nueva y, en la Orden de Alcántara y sobre todo en la de Santiago, existían numerosos precedentes en épocas anteriores. Al verificarse la elección del infante don Fadrique, por ser menor de edad y no poder ejercer el cargo, gobernó la Orden el rey, su padre. Juan II, después de la muerte de su privado Juan de Luna, obtuvo el maestrazgo de Santiago en administración y a su muerte pasó a su hijo Enrique IV, que también disfrutó por unos años el de Alcántara. Entre 1470 y 1476 Fernando el Católico tuvo en administración Santiago «para evitar bullicios y escándalos que sobre la elección del futuro maestre había en el reino».

2. El rey Fernando se presentaba como redentor del caos en que se hallaban las Ordenes y como protector de sus bienes y patrimonio, ofreciendo una solución ventajosa para ambos. «Paz e bien de estos reinos e mayor estabilidad e perpetuidad de las Ordenes.»

«Por las disensiones e males e dannos e divisiones que en la dicha orden avía e por el bien universal de ella e porque sus cosas e bienes fuesen conservadas e guardadas e puestas en libertad e sacadas de la tiranía e subjección de mano de algunas personas que injustamente las tenían y poseían... yo me encargué de la protección y gobernación e amparo de ellas»<sup>32</sup>.

También hay que tener en cuenta que si el rey se ponía al frente de las Ordenes, la dignidad del maestre adquiriría más esplendor por la calidad del que lo disfrutaba.

Por estas razones, cuando el rey Fernando propuso gobernar y proteger las Ordenes por el tiempo de su vida, éstas aceptaron,

<sup>31</sup> Carta del rey al Sacro Convento de Calatrava, 1485. Citado por AUREA JAVIERRE MUR, *Fernando y las Ordenes...*, p. 298. A.H.N., OO.MM., pergaminos, núm. 283.

<sup>32</sup> Carta del rey al Capítulo General de la Orden de Santiago, citado por AUREA JAVIERRE, *Fernando el Católico y las Ordenes...*, p. 296.



aunque no sin ciertas condiciones y también con alguna oposición por parte de los maestros, sobre todo.

El maestro de Calatrava no hubiera dado su consentimiento para este maestrazgo de no haber sido por la amistad y el favor del maestro don Garci de Padilla y su sobrino Alfonso Gutiérrez del Consejo de Estado a quien enviaron los reyes para hacer la negociación. Juan de Zúñiga, maestro de Alcántara, para que diese su consentimiento, fue necesario crearle un señorío vitalicio y además tuvieron los reyes que presentarle en el arzobispado de Sevilla y solicitar de Julio II le hiciese cardenal.

Además, como ya decíamos, establecieron ciertas condiciones:

- La Silla Apostólica se reservaba para sí la provisión de los maestrazgos.
- Inocencio VIII daría la administración al rey Fernando a la muerte de los maestros.
- Ni los Reyes Católicos ni sus sucesores pedirían a la Santa Sede que el maestrazgo y posesiones de las Ordenes fueran enajenadas, vendidas ni dadas por bienes propios a los hijos de la casa real.
- Se conservaría a las Ordenes en el estado que estaban sin alterar sus leyes y conmutar su gobierno.
- Las Ordenes se *gobernarían por un Consejo de personas de ellas* nombrado por el rey.
- El rey y las Ordenes, juntamente, enviarían a Roma una copia de lo pactado para que S.S. tuviera conocimiento y «memoria de lo que aquí se ha decretado», para el caso que hubiera que reclamarlo.

En caso contrario, quedaría sin valor este consentimiento y volvería a las Ordenes la facultad de elegir maestro entre sus caballeros<sup>33</sup>.

Tras estas negociaciones Inocencio VIII concedió dos bulas, una para Santiago y otra para Calatrava y Alcántara por las cuales se autorizaba a Fernando a administrar las Ordenes según fueron vacando los maestrazgos por muerte de los maestros. Concedió también que en caso de faltar el rey, la reina siguiese

---

<sup>33</sup> Conocemos únicamente las condiciones que puso la Orden de Calatrava, pero, a tenor de las bulas confirmatorias, pensamos que fueron las mismas para las tres Ordenes. Bulario de la Orden de Alcántara citado por LLAMAZARES, *Historia Compendiada...*, pp. 391-345.

la administración<sup>34</sup>. Se dio a los reyes el maestrazgo en administración y no en título por varias razones. La primera es que los reyes no eran religiosos profesos de las Ordenes, como lo habían de ser para titularse como maestros, la segunda porque pretendían tener los tres maestrazgos y por ser de diversas Ordenes no los podían retener todos en título, y la tercera porque era posible que la administración recayera en una mujer.

En 1492 Alejandro VI confirmó las dos bulas de Inocencio VIII, añadiendo una nueva cláusula más: «que los reyes tengan obligación de ejercer todas las cosas tocantes a lo espiritual por personas religiosas de dichas milicias»<sup>35</sup>.

Con motivo de haber obtenido de Roma las bulas que permitían la administración, los Reyes Católicos nombraron un Consejo real, pensamos que para atender los asuntos de las Ordenes y controlar la incorporación según se fueran produciendo las vacantes de los maestrazgos. Pero este Consejo que se mantuvo incluso después de la unión de Calatrava y Santiago, no puede entenderse en el sentido de que se hubiera constituido un Consejo de las Ordenes como organismo permanente con funciones de gobierno y justicia, pues todavía estas Ordenes seguían manteniendo sus propios Consejos quienes ejercían dichas atribuciones, es decir, convinieron en el tiempo los Consejos de los maestros y el Consejo real de la corte. Arguleta cita una cédula real dada para la Orden de Calatrava, para que de los pleitos juzgados en las villas por los alcaldes ordinarios se apelara al Consejo de Almagro y de allí al rey como soberano, pues había algunos que habían querido llevar los pleitos del Consejo de Almagro al que estaba en la corte<sup>36</sup>.

Por estas razones pensamos que el Consejo que creó el rey hay que entenderlo más que como una institución, como una función, la de aconsejar al rey para garantizarle que la toma de decisiones en los asuntos de las Ordenes se hacía debidamente. Hay que tener en cuenta que este Consejo se creó antes

---

<sup>34</sup> No sabemos en qué fecha concedió Inocencio VIII las bulas que permitían incorporar los maestrazgos. Arguleta apunta que fue en 1477. De ser así, sería sólo para la Orden de Santiago, pues para la de Calatrava no se hicieron las negociaciones previas a la autorización pontificia entre la Corona y el rey hasta 1485.

<sup>35</sup> A.H.N., OO.MM., Bulario de la Orden de Alcántara, p. 690.

<sup>36</sup> LLAMAZARES, *Historia Compendiada...*

de que fueran incorporadas las Ordenes y que, por tanto, era necesario un asesoramiento para ir las incorporando e ir organizando su nuevo gobierno.

d) *La fundación del Consejo*

Precisar el comienzo de una institución no es una tarea fácil, sobre todo cuando no se posee documento fundacional, cuando apenas existen documentos que guarden sus primeras actuaciones y cuando sus propios miembros reconocer que, «tras haber buscado con mucho cuidado, no se ha hallado noticia separada y precisa de las calidades y circunstancias de su erección»<sup>37</sup>.

Ante estas dificultades, nosotros nos hemos centrado para fijar su origen en un aspecto que consideramos decisivo, que es el de su naturaleza jurídica.

En el plazo de ocho meses, desde noviembre de 1495 hasta junio de 1496, se expidieron tres cédulas reales, dirigidas todas ellas a la Audiencia de Ciudad Real, por las cuales se inhibía a este tribunal y también al resto de los tribunales del reino de conocer cualquier asunto relacionado con las Ordenes y sus vasallos, cometiendo estas materias al Consejo de Ordenes.

Este bloque de tres cédulas es la primera tentativa que nosotros conocemos, por crear una jurisdicción de carácter privativo y, por tanto, lo hemos considerado como el acto más próximo a la creación del Consejo.

El 3 de noviembre de 1495 se dio en Burgos una Real Cédula<sup>38</sup> por la cual se prevenía a la Audiencia de Ciudad Real de que se había creado Consejo en la corte para los pleitos y causas de las Ordenes y que de las sentencias de los gobernadores de estas milicias, los que se sintiesen agraviados pudiesen apelar ante los maestros, y de las causas que en dicho Consejo se conociesen se pudiera apelar al rey como señor superior, para que lo mandase conocer a quien por bien tuviese. Además se prevenía también a la Audiencia de que las Ordenes poseían jurisdicción autónoma desde tiempo atrás, por lo que este tribunal en nada

<sup>37</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-32.

<sup>38</sup> Nota primera, tít. VIII, lib. II, de la Novísima Recopilación.

la perjudicaba, pues podía seguir conociendo las causas que le correspondían según la ley del reino, y por tanto tampoco existía perjuicio para la preeminencia real. Los términos en que está redactada esta cédula y las explicaciones que en ella se dan a la Audiencia, nos hacen pensar que existe una cédula anterior a ésta que no había sido obedecida porque este tribunal consideraba que iba en su detrimento y, por tanto, en el de la justicia real. Naturalmente la Audiencia, que se sentía perjudicada, no cedió tan pronto y fueron necesarias algunas más para que su cumplimiento fuera efectivo <sup>39</sup>.

La Audiencia de Ciudad Real había sido fundada por Juan II pocos años atrás y estaba situada en el centro del Campo de Calatrava y rodeada de pueblos de las Ordenes, los cuales, por estas cédulas, quedaban excluidos de su jurisdicción. Pensamos que esta razón era la que hacía mirar con recelo la autoridad cometida al nuevo tribunal que le era en todo semejante, aunque en un territorio más reducido <sup>40</sup>.

Es necesario notar que las Ordenes poseían jurisdicción autónoma desde su fundación, por lo que estas cédulas reales no estaban concediendo ningún privilegio nuevo, sino cumpliendo lo pactado en la incorporación: conservar a las Ordenes en el estado que estaban sin alterar sus leyes y conmutar su gobierno, además de administrarlas por un Consejo de personas de ellas.

La concesión al Consejo de una jurisdicción privativa en una fecha próxima a 1495, nos hace pensar que, conseguidas las administraciones de Calatrava y Santiago (la de Alcántara fue posterior, en 1498), la cantidad de negocios que producía el gobierno de unos cuerpos tan poderosos y tan vastos y conforme a la condición expresamente pactada de gobernar las Ordenes por un Consejo de personas de ellas, llevó a los monarcas a suprimir los Consejos de los maestros <sup>41</sup>, que ya no tenían sentido y a unificar

---

<sup>39</sup> Alfaro, 21 de junio de 1946; Alfaro, 10 de noviembre de 1495; Almazán, 21 de junio de 1496. A.H.N., OO.MM., lib. 1286-C. También las cita Llamazares, pp. 330-331.

<sup>40</sup> Vid. LÓPEZ, POSTIGO, RUIZ, *Las Ordenes Militares en la Edad Moderna: Una aproximación cartográfica*: Instituto de Estudios Manchegos (en prensa).

<sup>41</sup> No tenemos ninguna noticia acerca de la supresión de estos organismos, pero tampoco hemos encontrado referencias sobre sus actuaciones a partir de 1495.

el gobierno de estas Ordenes en un solo cuerpo en quien depositaron la administración de ellas. A partir de este momento, en torno a 1495, puede hablarse de un Consejo para las Ordenes de Santiago y Calatrava y solamente desde 1498, cuando a este Consejo se agregó el gobierno de Alcántara, podemos considerar que existe ya un Consejo de las Ordenes Militares que conocía en nombre del rey como Administrador y del S.S., de lo que antes conocía el maestro.

Este Consejo no era todavía una institución permanente, pues la unión de los maestrazgos era personal y, por tanto, temporal y acababa con la muerte de los Reyes Católicos. Sólo a partir de 1523, cuando Adriano VI concedió la bula de incorporación perpetua de los maestrazgos a la corona de Castilla y León, esta institución perdió su carácter temporal y se convirtió en un organismo permanente.

Queremos también resaltar que, por lo hasta aquí visto, el Consejo de las Ordenes no muestra ninguna vinculación al Consejo Real de Castilla, no disminuye sus competencias porque nunca las tuvo, y a diferencia de otros Consejos, no se configuró por el abandono de atribuciones de esta institución. Lo que creo que sí es interesante destacar es el interés mostrado por la Corona, y que veremos más adelante, de que desde el principio el Consejo de Castilla tuviera un cierto control sobre el gobierno de las Ordenes y en concreto sobre el ejercicio de la justicia, aunque siempre dentro de los límites que permitían las bulas de Incorporación.

No hemos encontrado ordenanzas que regulen la composición y competencias del Consejo. Tampoco aparecen alusiones o referencias a su existencia entre la documentación. Pensamos que quizás no fuesen necesarias porque esta institución no suponía una novedad en el gobierno de las Ordenes, y estaba destinada a ejercer las mismas funciones que ejercieron los Consejos de los maestros. Este caso sería una prueba más de la derivación del Consejo respecto de las instituciones bajomedievales.

Todo lo que sabemos acerca de los primeros años de esta institución lo recogen memoriales hechos al rey por el propio Consejo en el siglo XVII y algunos trabajos del siglo XVIII <sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, L-23; A.H.N., OO.MM., lib. 935-C.

Por lo que se refiere a su composición, se estableció que el Consejo estaría formado por caballeros de hábito, los cuales representarían a las tres Ordenes. Estos consejeros carecían de formación jurídica y recibían el nombre de consejeros de capa y espada. Por eso, para el ejercicio de la justicia, estaban asistidos por «jueces de letras» que, junto a los caballeros, entendían y decidían estos negocios.

Aunque el Consejo era uno, funcionaban en él dos salas, una para la Orden de Santiago y otra para las de Calatrava y Alcántara<sup>43</sup>, con distinto presidente cada una de ellas. El de Santiago con aquel hábito y el de Calatrava y Alcántara con el de Calatrava. Estos dos presidentes los tuvo el Consejo hasta el reinado de Felipe II.

La presidencia del Consejo se reservó para las Dignidades Mayores de las Ordenes. La de Santiago se entregó a Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de León y señor de Maqueda, y la de Calatrava y Alcántara a Gutierre de Padilla. Los consejeros, en los últimos años del reinado de Fernando el Católico, eran Nicolás Tello, Luis de Alarcón, Hernando de Barrientos y Antonio Luján.

Los presidentes cobraban cada uno 300.000 maravedíes y los consejeros 150.000<sup>44</sup>.

Había también dos secretarios distintos, distribuidos de igual forma que los presidentes, pero esta duplicidad de secretarías se mantuvo durante toda la historia del Consejo. Eran también caballeros de hábito. El primer secretario que tuvo la Orden de Santiago, tras la unión, fue Juan de Parra, comendador de dicha Orden que lo había sido también del maestre Alonso de Cárdenas<sup>45</sup>. Juan de Parra ocupó poco tiempo la secretaría, ya que en 1508 Miguel Pérez de Almazán, señor de la villa de Maena, comendador de Beas y Trece de la Orden, aparece refrenando los títulos de hábito que se dieron a García de Villarroel y Juan de Arellano<sup>46</sup>. Para las Ordenes de Calatrava y Alcántara no sabemos quién ocupó este cargo y el primer secretario que co-

---

<sup>43</sup> Alcántara era filial de Calatrava y tenía los mismos Estatutos, leyes y profesión. Esto explica la existencia de un presidente para las dos Ordenes.

<sup>44</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-23.

<sup>45</sup> R.A.H., Colección Salazar y Castro, I-23.

<sup>46</sup> *Ibid.*

nocemos es Francisco de los Cobos, pero ya en el reinado de Carlos V.

En cuanto a las competencias que se encargaron a este organismo, dice Riol que se encargó al Consejo el despacho de los negocios, dependencias y causas de justicia y gobierno de las Ordenes, así como la provisión de encomiendas, los prioratos, curatos, beneficios eclesiásticos, empleos políticos de las mismas Ordenes y su territorio, recepción de caballeros y conocimiento de sus causas civiles y criminales<sup>47</sup>.

En estas competencias pueden establecerse tres grupos:

- Los asuntos que el Consejo decidía por sí solo, es decir, que tenía voto decisivo, que eran todos los de justicia, tanto en materiales temporales como espirituales.
- Los asuntos en que el Consejo tenía voto consultivo, provisión de oficios, beneficios, capellanías, vicarías, gracias de hábito, etc., es decir, los asuntos de merced y patronato.
- Finalmente, existía un grupo de asuntos en que el Consejo tenía voto de carácter mixto, eran aquellos que pertenecían al Capítulo General, pero que si no estaba reunido los despachaba. Nos referimos a los nombramientos de justicia como visitadores, revisores de visita, etc.

Del análisis de estos datos puede inferirse que el Consejo se configuró como órgano burocrático de gobierno, administración y justicia de las Ordenes de sus vasallos y de sus súbditos.

e) *Incorporación perpetua de los maestrazgos en la Corona de Castilla y León*

Antes de la muerte de Fernando el Católico, el pontífice León X envió una bula al príncipe Carlos en la cual se recordaban las anteriores de Inocencio VIII y Alejandro VI y por la cual se reservaba para sí el maestrazgo en caso de que el rey muriese o renunciase. También inhibía a las Ordenes para elegir maestro y anulaba cualquier elección que se hiciera en otro que no fuese el mismo príncipe. Para los casos expresados, muerte o renuncia del rey Fernando, se concedía al príncipe Carlos la administra

---

<sup>47</sup> A.H.N., OO.MM., lib. 935-C.

ción por los días de su vida con las mismas condiciones y facultades que lo habían tenido sus abuelos <sup>48</sup>.

A la muerte del rey Fernando, se mostraron muy vivos los deseos de las Ordenes de volver a su antiguo estado y recuperar la potestad cedida a la Santa Sede de cubrir las vacantes de sus maestrazgos. Sin embargo de la gracia del maestrazgo que tenía concedida el príncipe Carlos, se juntaron en Capítulo General a hacer la elección con tanto empeño que no bastó para que renunciaran el requerimiento que hizo, por un consejero que se envió al Capítulo, el cardenal Adriano, gobernador del reino. Este enviado lo único que pudo conseguir fue que la elección recayera en el mismo príncipe, pero no que las Ordenes renunciaran, como de hecho lo habían hecho anteriormente, a su capacidad de elección de maestro. Los años conflictivos y perjudiciales para las propias Ordenes por los disturbios que ocasionaron las vacantes estaban ya lejos y no aceptaban perder prerrogativas que en manos de otros les podían ser perjudiciales. De hecho, aunque esta capacidad fue perdida definitivamente por las bulas de Adriano VI, que más adelante veremos, nunca cedieron en sus intenciones y en todos los Capítulos que hasta el final de estas milicias se celebraron, se expone la normativa para la elección del maestro.

Ocho años después de que León X concediera el maestrazgo de las Ordenes al príncipe Carlos, Adriano VI concedió la Incorporación Perpetua de estos maestrazgos a la Corona de Castilla y León.

«Habiéndolo maduradamente deliberado con nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia de Roma, y de su consejo y consentimiento, por autoridad apostólica, y tenor de las presentes unimos para siempre, adjudicamos e incorporamos los dichos maestrazgos a la dicha corona real, aunque esta coronal en algún tiempo la venga a poseer alguna mujer... y de tal manera que el derecho de administrar los dichos maestrazgos, pase con la corona al varón o la hembra que la poseyere» <sup>49</sup>.

Las condiciones por las cuales se concedía la unión eran semejantes a las que exigieron Inocencio VII y Alejandro VI, pero

<sup>48</sup> LLAMAZARES, *Historia Compendiada...*, p. 410.

<sup>49</sup> A.H.N., OO.MM., Bulario de Calatrava, p. 705. Esta bula se encuentra traducida en varios trabajos. Nosotros hemos utilizado la traducción de Llamazares y Guillamas.



además en esta bula eran objeto de atención otros aspectos que en las anteriores no estaban debidamente resaltados.

- Por la unión no se extinguirían los maestrazgos, sino que las Ordenes quedarían en la misma manera que estaban, como si la unión no se hubiera producido.
- El rey Carlos y sus sucesores se comprometían a colaborar en «la defensa de toda la república cristiana, y feliz expedición contra los turcos», «y no nos ayudarán mucho con el favor de Dios, a librar la cristiandad de tan grandes peligros como la amenazan».

Era precisamente la defensa de la fe hecha por Carlos V y sus antecesores lo que movió a Adriano VI a premiar al monarca con la unión de los maestrazgos.

«Considerando cuáles y cuántas hazañas han hecho en los tiempos antiguos, y en los presentes los ascendientes del rey Carlos, electo emperador por la expugnación de dichos infieles y bárbaras naciones, y los reinos, tierras e islas, que han ganado a dichos infieles, y lo que han procurado dilatar la Religión Cristiana, y así mismo teniendo presentes las cosas que el dicho Real Carlos, electo emperador, ha obrado en estos tiempos con tanto fervor por amparar la fe de Cristo, y defender la dignidad pontificia, contra el ya dicho Martín Lutero, y los de su séquito, y contra otros que han querido imponer a nos, y a esta Santa Silla, y también lo que ha hecho en la expugnación de la dicha Isla de las Siervas, que con la ayuda de Dios puso debajo de su dominio»<sup>50</sup>.

La unión era un acuerdo que beneficiaba a todos, aunque no en igual medida. El papa esperaba que cuantos más beneficios recibiera el rey de la Sede Apostólica, tanto más ayudaría y favorecería a la Iglesia<sup>51</sup>. Las Ordenes mantendrían la prosperidad lograda en el reinado anterior y sobre todo garantizaban su perpetuidad. Y los reyes recobraban una autoridad que, fuera de sus manos, era peligrosa para la paz y estabilidad del reino.

«Siendo así que dichos maestros poseen muchas ciudades, y castillos... y si los dichos maestros en algún tiempo se opusieran al rey vendrá a servir su fundación de grandes escándalos, y daño para los dichos reinos... y estos daños se reconocieron los años pasados,

---

<sup>50</sup> Bula de Adriano VI de Incorporación de los Maestrazgos. Bulario de Calatrava, p. 705.

<sup>51</sup> *Ibid.*

como podemos afirmar de vista de ojos cuando asistíamos en España gobernando y administrando dichos reinos, sobre el aspirar a dichos maestrazgos»<sup>52</sup>.

La bula de Adriano VI estaba redactada en los mismos términos que las que anteriormente dieron Inocencio VIII y Alejandro VI. Por esta razón no modificaba en nada la autoridad que anteriormente se había dado al rey como administrador y, por tanto no se justificaba modificación alguna en el Consejo. La única diferencia entre ellas era el carácter permanente de la unión que se concedía en la última, que también afectó al Consejo, dejando de ser este organismo una institución temporal y configurándose desde entonces en un Consejo permanente de la monarquía.

Además de esta modificación en la naturaleza del Consejo, justificada en virtud de las bulas apostólicas, también se produjeron durante el reinado de Carlos V otras variaciones en este organismo motivadas algunas de ellas por la creación de nuevos consejos que se iban integrando con los ya creados en un régimen polosinodial de gobierno, el cual dio lugar en sus orígenes al abandono de competencias de unos organismos en otros, es decir, el Consejo de Ordenes disminuyó alguna de sus atribuciones en virtud de su relación con otros consejos.

La reforma llevada a cabo por Carlos V en la Hacienda Real, encaminada a unificar en un solo organismo la administración de las diversas rentas reales con el fin de establecer sobre ellas un control más directo y efectivo, privó al Consejo de Ordenes del ejercicio de unas competencias que venía ejerciendo hasta entonces y que a partir de 1523 pasó a conocer el nuevo Consejo de Hacienda<sup>53</sup>.

Los asuntos referentes a las rentas de los maestrazgos, con la excepción del conjunto de temas procesales derivado de ellas, sobre los cuales seguía actuando el Consejo de Ordenes. Los derechos de la Mesa Maestral eran rentas eclesiásticas y, por tanto, debían conocerse en tribunales que disfrutaran de jurisdicción eclesiástica. Tenemos noticias de que las Ordenes no se

<sup>52</sup> Adriano VI fue elegido Papa cuando gobernaba el reino en ausencia del rey, siendo cardenal y obispo de Tortosa.

<sup>53</sup> ESTEBAN HERNÁNDEZ ESTEVE, *Creación del Consejo de Hacienda (1523-1525)*, Madrid 1983, p. 96.

sintieron satisfechas de que los asuntos de estas materias fueran despachados por el Consejo de Hacienda, y todavía en el siglo XVII siguieron mostrando su descontento <sup>54</sup>.

Además de en el plano hacendístico, el Consejo vio mermaidas sus atribuciones también en el plano judicial, aunque alguna de estas mermas fue solamente temporal.

Habíamos visto cómo por un conjunto de cédulas reales dadas entre 1495 y 1496, los Reyes Católicos habían concedido jurisdicción privativa al Consejo para que conociera las apelaciones de los jueces del territorio de las Ordenes, inhibiendo por ellas a otros tribunales y jueces. Una Cédula Real, dada en Valladolid el 7 de agosto de 1523 <sup>55</sup>, modificó esta jurisdicción al permitir a la Audiencia de Granada conocer las causas que fuesen a ella en grado de apelación del territorio de las Ordenes. Esta resolución no privaba al Consejo de conocer también las apelaciones que fuesen ante él y, por tanto, quedó establecida una ampliación de jurisdicciones. La jurisdicción privativa la tenía el Consejo y las audiencias podían conocer a la prevención <sup>56</sup>.

Esta resolución fue solamente temporal, pues en los Capítulos Generales celebrados por las Ordenes ese mismo año se suplicó ante el rey, considerando que estas reformas iban contra lo pactado en la incorporación, al modificar el gobierno de las Ordenes. Otra Cédula Real, dada el 5 de marzo de 1524, revocó en todo la anterior, y sus resoluciones no fueron modificadas por ninguna otra.

Unos años después, en 1527, se produjo una nueva reforma en la jurisdicción ejercida por el Consejo, esta vez en el fuero de sus caballeros. Se reservó a las justicias reales los delitos de herejía, lesa majestad, nefando y alta traición, cometidos por los caballeros de hábito, excluyendo a este organismo de un conocimiento que venía ejerciendo desde su fundación. En lo que se denominaban «delitos atroces y enormes», raptos, incendios, quebrantadores de iglesias y monasterios y otros de «igual enormidad» se produjo una ampliación de jurisdicciones, cono-

<sup>54</sup> A.G.S., Sección de Gracia y Justicia, leg. 890.

<sup>55</sup> D.A.H.N., OO.MM., Lib. 1335-C.

<sup>56</sup> Aunque esta cédula se refería solamente a la Audiencia de Granada, la de Valladolid se consideró incluida en ella y comenzó también a conocer todas las apelaciones que llegaban a ella del territorio de las Ordenes.

ciendo de ellos privativamente el Consejo y a prevención las justicias reales<sup>57</sup>. Estas resoluciones fueron dadas solamente para la Orden de Santiago, pero como el fuero de caballeros era el mismo para las tres, se extendieron sus efectos a Calatrava y Alcántara. Esta alteración en los privilegios de las personas de hábito, aunque inmediatamente reprobada por las Ordenes, se mantuvo hasta el siglo XVII.

La merma que se produjo en las atribuciones judiciales del Consejo podemos entenderla tal y como dice Kagan en su artículo sobre la Chancillería de Valladolid<sup>58</sup>, como el resultado de la expansión del sistema judicial real producida a raíz de la rebelión comunera. «Convencido Carlos V de que la administración efectiva de la justicia era el mejor medio de asegurar la paz y tranquilidad interna de la monarquía, llevó a cabo una serie de reformas legales que se convirtieron pronto en uno de sus objetivos prioritarios y las Cortes de 1523 iniciaron una ola legislativa basada en la expansión del sistema judicial real.»

No sabemos si en este reinado se produjeron también modificaciones en la composición del Consejo. Sabemos que bajo Felipe II estaba compuesto ya por cuatro consejeros togados, caballeros profesos de las Ordenes, que sustituyeron a los de capa y espada, pero no tenemos certeza de cuándo se produjo esta variación.

A pesar de las alteraciones que el Consejo sufrió en el reinado de Carlos V, su autoridad, naturaleza, así como sus competencias, pervivieron fundamentalmente tal y como fueron establecidas por los Reyes Católicos, y así se conservaron hasta el final de sus días.

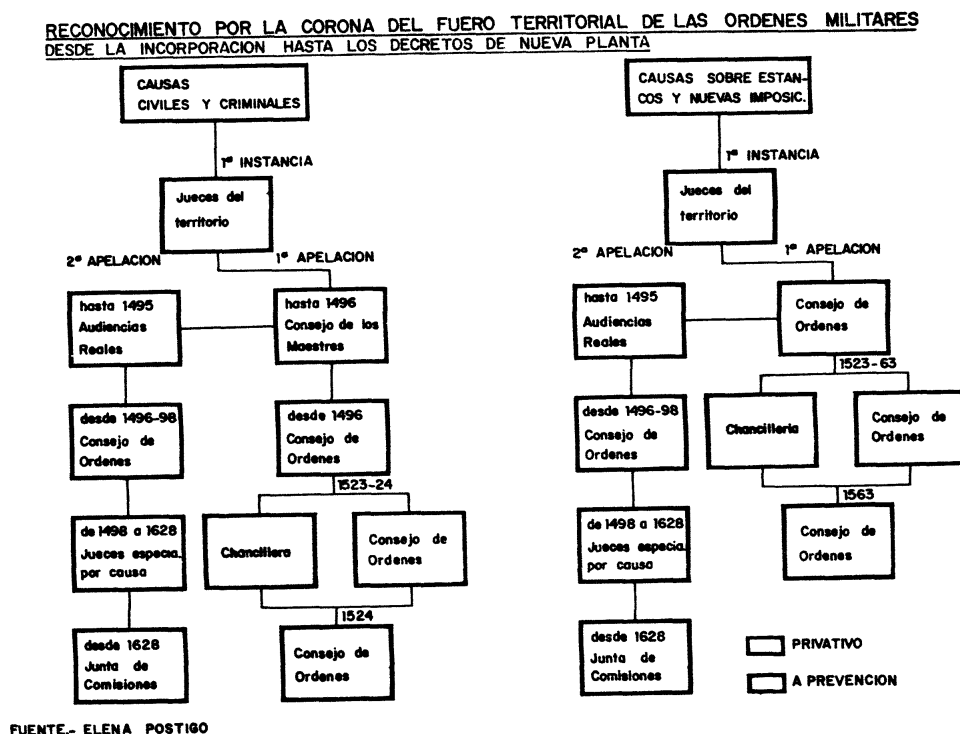
En este trabajo se ha pretendido mostrar la conexión entre la fundación del Consejo y la realidad política de las Ordenes. Cómo la constitución de este organismo está ligada a la incorporación de los maestrazgos y a la necesidad de que las Ordenes mantuvieran un gobierno diferenciado e independiente del resto de la monarquía, de tal modo que estas instituciones quedaran tras la unión como si ésta no se hubiera producido, en la forma que se estableció en las bulas pontificias. El resultado de esta necesidad

---

<sup>57</sup> A.H.N., OO.MM., lib. 1335-C.

<sup>58</sup> KAGAN, *Pleitos y Poder Real. La Chanciería de Valladolid (1500-1700)* Cuadernos de Investigación Histórica, 1978.

fue una institución creada con carácter temporal, en el reinado de los Reyes Católicos para el gobierno de las Ordenes, que tiene su culminación en el de Carlos V. Desde este reinado comienza una nueva etapa para este Consejo, al convertirse en un órgano permanente que ve algo mermadas sus atribuciones respecto al reinado anterior, pero que, como decíamos, en lo fundamental se configuró en cuanto autoridad, naturaleza y atribuciones en torno a 1495<sup>59</sup>.



<sup>59</sup> El presente trabajo es un capítulo de la tesis doctoral dirigida por el doctor P. Fernández Albaladejo y defendida en la U.A.M. en 1985 bajo el título: *El Consejo de las Ordenes Militares. Un tribunal de honor y privilegio en la Castilla del siglo XVII.*

